

†
JHS

BOLETIN OFICIAL

DEL
OBISPADO DE MENORCA

EPOCA IV 27 AGOSTO 1959 (DEP. LEGAL - M. H. -148-1958) N.º 7

SACRA CONGREGATIO DE SEMINARIIS ET STUDIORUM UNIVERSITATIBUS

CARTA CIRCULAR A LOS OBISPOS CON OCASIÓN DEL 1.º CENTENARIO
DE LA MUERTE DEL SANTO CURA DE ARS ACERCA DE ALGUNOS PRO-
BLEMAS SOBRE LA FORMACIÓN DE LOS CANDIDATOS AL SACERDOCIO

Excelentísimo Señor:

No se ha apagado aún el eco de las solemnes fiestas conme-
morativas de las apariciones de Lourdes, que condujeron a mi-
llones de peregrinos de toda lengua y estirpe a los pies de la
gruta de Massabielle, cuando nuestra mente y nuestro corazón
vuelven de nuevo a la tierra de Francia, a una pequeña aldea
que fué teatro de las hazañas apostólicas de un humildísimo
párroco rural, en quien el Señor se dignó renovar las maravillas
de su vida pública, derramando con mano abundante los bene-
ficios de la Redención.

Esta Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades
no quiere dejar pasar el presente año sin hacer que fijen su aten-
ción los que han sido llamados para ser un día ministros de la
salvación en este hijo del pueblo, que supo corresponder tan
fielmente a la gracia de su vocación, que llegó a convertirse en
las manos de Dios en eficaz instrumento de una profunda y vas-
ta renovación de vida cristiana.

Tantas cosas puede decir y enseñar el Santo Cura de Ars a
los jóvenes levitas de nuestro tiempo, que podemos asegurar que



el mensaje que nos envía desde los esplendores de la gloria celestial es hoy más actual que nunca.

I. Ante todo brilla él como ejemplo de fidelidad a las inspiraciones de la gracia. Una vez conocida la voluntad de Dios con relación a su persona, persiguió el ideal sacerdotal con una tenacidad incomparable, no dejándose desalentar por las muchas dificultades que parecía le cortaban el paso hacia una meta tan humilde pero tan ardientemente deseada, guiado siempre por una inmensa estima de la dignidad sacerdotal, de tal suerte, que le hacía exclamar arrebatado y como fuera de sí: «Oh, qué grande es el sacerdote. Su grandeza no se podrá apreciar bien más que en el cielo. Si un sacerdote comprendiese en la tierra perfectamente su dignidad, moriría, no de espanto por cierto, sino de amor».

Esta estima, esta constancia, esta donación a la Santa Iglesia la señala a la juventud eclesiástica de nuestro tiempo, a fin de que los seminaristas reciban de él estímulo para cultivar el santo ideal al cual el Señor los ha llamado. Es bien conocida de todos la escasez de vocaciones que aflige hoy a la Iglesia, al tiempo que van aumentando cada día más las necesidades espirituales de los fieles. No es que el Señor reparta menos abundantemente la semilla del divino llamamiento; pero, por desgracia, pocos son los que la recogen y, entre éstos; muchos los que, después de haber puesto mano en el arado, se vuelven atrás y abandonan el trabajo comenzado. A cuantos han sentido, pues, la voz acuciante del Maestro que los llama a ser continuadores de su obra de salvación, el Santo Cura de Ars les hace considerar de nuevo el don inestimable que poseen: que no permitan, por falta de generosidad o de entrega, que el demonio, con vanas lisonjas, les arrebatase esta perla escondida por la cual todo debe ser gozosamente sacrificado.

Porción divina, como dice claramente su nombre de Clérigos, parte predilecta de la inmensa familia de Dios, llamada a un especial destino, a una herencia particular deben recordar siempre, para obtener de ello aliento e impulso en su perseverancia, de qué tierna bondad, benignidad y amor han sido objeto por parte

del Señor. Si el Apóstol, recordando a los simples cristianos el inestimable beneficio de la Redención, los exhortaba a vivir dignamente como hijos de la luz, olvidando para siempre las obras de la carne, ¡cómo deberían sentir que tal invitación les ha sido hecha directamente a ellos los jóvenes llamados a ser no sólo partícipes de la salvación, sino, a ejemplo del Divino Maestro, dispensadores y ministros de la misma! Piensen, pues, continuamente en el don de Dios, en la predilección divina de que han sido objeto, y procuren hacerse cada día más dignos con una conducta apropiada, mediante la diaria ofrenda de su juventud a la Iglesia. Ella se lo pide buscando la salvación de ellos mismos y la de sus hermanos.

II. Si atendemos a la fisonomía sacerdotal del Santo Cura de Ars, advertimos que brilla con un esplendor tan excelso, que llega a hacer del mismo un genuino ejemplar de extraordinaria grandeza. Él sabía que, por el Sacerdocio, había sido identificado misteriosamente con el único Eterno Sacerdote, el Verbo Encarnado. Lo que le hacía repetir frases como éstas: «Cuando veais al sacerdote pensad en Nuestro Señor Jesucristo»; o también: «El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús». Poco importan, las palabras, aunque sean bellas y elocuentes como aquellas con que él expresaba esta divina realidad. Lo esencial para él era vivir el sacerdocio que el Señor actuaba por su medio. Veamos, pues, el Santo Cura de Ars en la actitud que deseaba el Apóstol de mediador a favor de su pueblo, consagrado por toda la vida a la adoración, a la intercesión, al sacrificio total; él mismo, hecho víctima como el Redentor para implorar «con gemidos inenarrables» día y noche el perdón de los pecados, dispuesto siempre a completar en su cuerpo lo que falta a la Pasión de Cristo.

Esta unión perfecta con Dios, esta conformidad con el Eterno Sacerdote, que le hacía estimar tanto la oración y la vida interior, fué también el secreto de sus grandiosos éxitos. Sabía él perfectamente que la eficacia de los trabajos apostólicos depende ante todo de la oración y de la unión con Dios, y, consciente de su condición, humilde y excelsa, de instrumento de la gracia

divina, de ella y solamente de ella esperó el triunfo de su acción apostólica. No sin razón, pues, el Sumo Pontífice Pío XI declaró al Santo Cura de Ars patrón especial de los párrocos y de los sacerdotes con cura de almas, queriendo subrayar con ello que la acción pastoral, para ser verdaderamente eficaz, debe fundarse sobre la santificación personal y apoyarse en una profunda vida interior.

La Sagrada Congregación de Seminarios tiene que confesar, desgraciadamente, que todavía queda mucho por hacer a este propósito en los centros de formación eclesiástica. Considerando, en verdad, la actitud y el espíritu con que se enfrenta, sobre todo, el clero joven con los problemas de la acción apostólica, ocurre espontáneamente preguntarse si los tradicionales principios de la formación sacerdotal no se han descuidado demasiado. En la mayor parte de casos es cierto que hay dedicación al sagrado ministerio, llevada, además, con gran generosidad, pero sin embargo, al aminorar el debido contacto con la oración, y al no practicar la mortificación obligada y la guarda del corazón, bien pronto se siente uno agotado en vanos intentos y se viene a terminar en la tibieza y el desaliento.

El hecho es que, sin vida interior, no se da verdadero apóstol, y de todo el ruido que se puede hacer, aún con la técnica más perfecta y con la mejor organización exterior, pocos frutos duraderos y saludables se recogen. El verdadero apóstol, consciente de ser un simple instrumento en las manos de Dios, sabe que tiene a su disposición otros medios muy distintos y no condicionados por la contingencia de la técnica; sabe que el edificio espiritual se levanta enteramente sobre la gracia y la oración, y que los frutos serán abundantes en la medida en que se confía en los medios espirituales y no se presume suplantarlos: «Itaque neque qui plantat est aliquid neque qui rigat; sed qui incrementum dat, Deus... Dei enim sumus adiutores». (1 Cor. 3, 7, 9).

El Sumo Pontífice Pío XI dice claramente: «Sería un error gravísimo si el sacerdote, engañado por falso celo, descuidase la propia santificación para sumergirse totalmente en las obras

exteriores del ministerio sacerdotal, aún cuando ellas sean buenas... Sin la piedad, las más santas prácticas, los más augustos ritos del sagrado ministerio serán ejecutados mecánicamente y por hábito. Les faltará el espíritu, la unción, la vida» Litt. Enc. «Ad Catholici Sacerdotii», 20 dec. 1935: AAS, vol. 28, pág. 23 et 24).

Más próximo a nosotros Pío XII en la *Menti Nostrae* insiste con gran energía sobre el mismo concepto: «Un ardiente espíritu de oración, necesario en todos los tiempos, lo es especialmente en los nuestros, cuando el llamado naturalismo ha invadido las mentes y los espíritus, y la virtud se halla expuesta a peligros de todo género, peligros que a veces se encuentran en el ejercicio del mismo ministerio. ¿Qué cosa podrá defender mejor contra estas insidias, qué cosa podrá elevar el alma a la esfera de lo celestial y mantenerla unida a Dios mejor que la oración frecuente y la invocación del divino auxilio?» (Adhort. Apost. «Menti Nostrae», 23 sept. 1950; AAS, vol. 42, pág. 673).

Más recientemente todavía el Santo Padre Juan XXIII, felizmente reinante, que tanto insiste en que el clero se dedique con completa entrega a un fructuoso ministerio pastoral, en su discurso a la Unión Apostólica del Clero (12 marzo 1959), señalando precisamente la figura del Santo Cura de Ars, amonesta muy elocuentemente: «¿Cómo sucede que, después de tantos esfuerzos y sacrificios, después de innumerables siembras, el fruto cosechado es con frecuencia tan escaso? ¿Cómo, aún utilizando todos los medios del apostolado, no resucitan los hijos muertos de la Iglesia? Tal vez porque la intención no es siempre pura; tal vez porque no se busca siempre el bien de las almas solamente; tal vez porque se confía demasiado en medios parecidos a los medios humanos, y, por lo mismo, frágiles, sin fundarse en la oración y el sacrificio».

Insistimos por tanto, de la manera más apremiante, para que los educadores de nuestros Seminarios, sobre todos los Rectores y Padres espirituales, instruyan con la debida frecuencia a sus alumnos, especialmente a los que se hallan próximos a las Sagradas Ordenes, acerca de la naturaleza del Sacerdocio, los fines de su misión y los medios de apostolado; y esto lo hagan

siguiendo la línea de la doctrina más sana y tradicional, que ha de sacarse de la Revelación, interpretada por el pensamiento de los Padres y por el magisterio eclesiástico, no cediendo a novedades, que en una materia tan delicada frecuentemente tergiversan o al menos desfiguran la enseñanza de la Iglesia. Consideramos todo esto de gran importancia, puesto que tal como sean las ideas infundidas sobre esta materia desde los años del Seminario, así será el comportamiento que los alumnos habrán de adoptar, una vez ordenados y llegados al Sagrado Ministerio.

III. Todos conocen la adhesión sin reservas que el Cura de Ars sentía y manifestaba para con la Iglesia. Por esta Santa Madre de todos los creyentes tenía él un amor tiernísimo, y cuando hablaba de ella, con palabra sencilla y ardiente, a sus numerosos oyentes, su rostro se transfiguraba, su voz vibraba con encendido celo. Pero, si su corazón llegaba hasta mucho más allá de los estrechos confines de su pequeña aldea, abrazando a todos los hermanos en Cristo —bien sabido es, por cierto, que de todos los puntos de la tierra veñían los hijos de la Iglesia y rodeaban su púlpito y su confesonario— su sumisión, su veneración, su amor se dirigían, sobre todo a la cima, a la cabeza visible, el Papa. Resulta bien claro de los testimonios de los procesos de canonización, que él aprovechaba cualquier ocasión para declarar su ilimitada devoción a la autoridad del Sumo Pontífice; no podía esconder su emoción cuando oía hablar o él mismo hablaba de la Iglesia Madre y Maestra de todas las Iglesias. Por lo demás, al propio Obispo profesaba respeto, amor y obediencia «tamquam Domino». ¡Y hasta dónde llegaba su obediencia! Todos saben cómo el Santo Cura, poseído de un gran sentido de la indignidad, y aplastado por una responsabilidad que veía aumentar de día en día, pensaba siempre en retirarse a un rincón escondido a llorar la que él llamaba su pobre vida. Pero la obediencia, manifestada por los superiores, le quería en Ars y en Ars siguió llevando su pesada cruz en cotidiana inmolación.

Los educadores de los candidatos al sacerdocio tienen aquí un tema de seria meditación, porque la virtud de la obediencia es uno de los pilares de toda la obra de formación que ha de

proporcionarse a los alumnos del Santuario. Se trata en este aspecto de formar un hábito profundo que penetre hasta lo más íntimo en las almas de los alumnos confiados a sus cuidados, cosa importante y difícil en un tiempo como el nuestro que siente tan fuertemente el demonio del orgullo y que, con increíble presunción, pretendería no someterse a normas de ninguna clase, si no a las de una ilimitada independencia de juicio y de acción. Por desgracia tales principios, celebrados como una conquista, se han insinuado en los métodos de educación, intentando remover en sus mismos cimientos la doctrina católica en materia de pedagogía. Por desgracia aun en los centros de formación eclesiástica no es raro el caso —y esta Sagrada Congregación ha debido intervenir algunas veces— de admitir experiencias que conceden demasiado a la iniciativa indiscreta del educando y de intentar establecer más o menos veladamente, casi olvidando aun la misma condición de la débil naturaleza humana, los criterios de la llamada «autoeducación».

Legítima ciertamente y necesaria es la labor de los que, preocupados por crear en los jóvenes convicciones sanas y robustas, se dedican a desarrollar en ellos gradualmente el sentido de la responsabilidad personal, la capacidad de juicio, el espíritu de iniciativa lo mismo individual que colectiva; pero lo que deseamos denunciar como dañoso es la actitud pasiva del educador que, abdicando de su posición de Superior y trastornando con ello el verdadero concepto de la disciplina, teme que el mandato sea perjudicial para la personalidad del discípulo, como si resultase una indebida ingerencia en el santuario de la conciencia ajena. Se trata de un falso criterio, puesto que solo por medio de una disciplina austera se puede llegar a la plena posesión de una fuerte personalidad, dispuesta al sacrificio, y a aquel espíritu de abnegación que es requisito esencial para quien quiere seguir, sin componendas ni ficciones, a Nuestro Señor Jesucristo, hasta dividir con El, si es necesario, el cáliz de Getsemaní y la inmolación de la Cruz. Solamente con esta disciplina se logran los verdaderos apóstoles, prontos a dominar los propios gustos y los propios caprichos para hacer aquello que

Dios, por medio de la autoridad de los Superiores, nos ordena. Sea por consiguiente la disciplina —amorosamente vivida y no solamente pasivamente tolerada— la piedra de toque para que los Superiores comprueben la vocación de sus alumnos. Pidan de éstos una obediencia no sólo teórica, sino efectiva, íntegra, límpida, sin subterfugios, tal como la Regla del Seminario la propone cada día, aun en los actos más pequeños y ordinarios. Sepan exigirla los Superiores, pero sepan también proponerla, apelando a los motivos sobrenaturales que la justifican, deduciéndola sobre todo del modelo perfecto que en la tierra tuvo un solo y único programa: »Hacer, oh Señor, tu voluntad» (Hebr. 10, 7). Recuerden en todas las circunstancias como la obediencia implica esencialmente el «obsequium», es decir, la ofrenda de la mente y de la voluntad, de lo cual depende propiamente que nuestras acciones sean agradables a Dios. Si los Superiores pueden llegar a conseguir todo esto, podrán estar seguros del pleno triunfo de sus jóvenes, aun en lo que se refiere a la adquisición de las otras virtudes sacerdotales, especialmente de aquellas que, como la castidad, exigen una voluntad robusta y un perfecto dominio de sí mismo.

En todos los Seminarios ha de tener valor el principio de que la Regla es la voluntad significada de Dios, y por consiguiente obligatoria como medio necesario para la formación del sacerdote. La presencia y la obra del superior no debe ser considerada como dirigida a mortificar la personalidad, sino a favorecer su desarrollo en todo lo bueno y útil que ella puede ofrecer para alcanzar aquella plenitud espiritual, que es requisito y honor de la vocación sacerdotal: «omnia vestra sunt; vos autem Christi; Christus autem Dei» (1 Cor. 3, 22-23).

Volviéndonos ahora directamente a los amados alumnos del Santuario, querríamos exhortarlos a tener siempre presentes las constantes enseñanzas de la Iglesia que en numerosos documentos comparan el Clero a una milicia escogida, bien organizada, temible a los enemigos, sobre todo por la disciplina que la gobierna. Durante el largo y severo aprendizaje del Seminario cultiven el espíritu de disciplina, alimentándose de sólidas convic-

ciones, prestando continuamente una obediencia a toda prueba a aquellos que los dirigen, aprendiendo así aquel perfecto e incondicional «sentire cum Ecclesia», que los ha de hacer mañana capaces de combatir —con energía «pro salute communi— las pacíficas batallas del Reino de Dios (Leo XIII, Alloc. 18 jan. 1885: Ench. Cler. n. 458).

Si la preparación al sacerdocio puede parecer ardua, y el futuro ministerio lleno de dificultades, de fatigas, y de sacrificios, sin embargo la recompensa que el Señor promete a cuantos militan con valor bajo sus banderas es grande y rica en alegrías y consuelos. Lo afirma enérgicamente S. Agustín —llamado también él a las fatigas del apostolado en tiempos tan difíciles como estos en que vivimos— declarando: «Nihil esse in hac vita et maxime hoc tempore difficilium, laboriosius, periculosius episcopi aut presbyteri aut diaconi officio, sed apud Deum nihil beatius, si eo modo militetur quo noster Imperator iubet» (Epist. 21, 1).

Excelentísimo Señor:

Muchas otras cosas se habrían podido decir, siguiendo las huellas luminosas del Santo Cura de Ars, con respecto a la recta formación de los candidatos al Sacerdocio y, consiguientemente, a la marcha de los Seminarios. Pero nos hemos limitado a subrayar solamente algunos puntos que —a la luz de cuanto nos viene señalado por razones de oficio, especialmente con ocasión de las visitas apostólicas— deben ser considerados como de la máxima importancia, sobre todo en nuestros tiempos. Se trata, pues, de vigorizar el sentido de responsabilidad con relación a la gracia de la vocación divina, de afianzar la primacía de la vida interior como condición esencial para el futuro ministerio pastoral; de revalorizar el cometido de la disciplina aceptada consciente y voluntariamente; de defender y desarrollar de esta manera la vida verdaderamente sacerdotal, que sabe y debe adoptarse sabiamente a las exigencias de los tiempos y de las circunstancias en las cuales debe organizarse la vida apostólica, pero que no puede olvidar las fuentes eternas de las cuales deriva toda su nobleza y fecundidad sobrenatural.

Estamos ciertos de que tales principios, juntamente con el otro requisito esencial de la ciencia debida — que en el Santo Cura de Ars, recordémoslo bien, no faltó, ya que Dios mismo le enriqueció con los dones de su Espiritu— serán la sólida base sobre la que los futuros apóstoles deben construir el edificio de su formación sacerdotal. Solamente con estas condiciones indispensables, ellos podrán ser, como amonesta el Apóstol de las gentes, los expertos operarios de la viña del Señor, «ad omne opus bonum instructi», y como manda el Príncipe de los Apóstoles, «forma facti gregis ex animo» (2 Tim. 3, 17; 1 Petr. 5, 3).

Mientras rogamos a Vuestra Excelencia que se digne disponer que el contenido de esta carta sea convenientemente expuesto y comentado a los alumnos del Santuario, aprovechamos la ocasión para expresarle los sentimientos de la más respetuosa estima y nos confirmamos afimos en el Señor.

Roma, 5 de junio de 1959,

Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

JOSÉ Card. PIZZARDO, Prefecto.

DINO STAFFA, Secretario.

CIRCULAR DEL PRELADO

POR LAS FELICITACIONES EN SU ONOMÁSTICO

En la imposibilidad de corresponder particularmente a cada una de las numerosas felicitaciones recibidas con motivo de mi fiesta onomástica, complázcome en expresar a todos mi gratitud mediante esta Circular.

A todos doy las gracias en el Señor, rogando por ellos y enviándoles mi efusiva pastoral bendición.

Ciudadela, 27 de Agosto de 1959.

† EL OBISPO.

CRÓNICA DIOCESANA

MES DE MARZO DE 1959

Día 22.—Domingo de Ramos. El Rdm. Prelado oficia en la bendición de las palmas. El tiempo lluvioso obliga a abreviar la procesión litúrgica de la mañana y suprimir la del «Vía Crucis» de la tarde.

Día 26.—Jueves Santo. Por la mañana en la Catedral Basílica el Excmo. Sr. Obispo bendice el nuevo órgano electrónico «Harmoniphon», tipo Catedral «A», 1959. Después de Tercia celebra pontificalmente la Misa Crismal, en la que actúan como presbíteros cooperadores en la bendición de los Stos. Oleos los Rdos. Curas de las parroquias de la Diócesis.—Por la tarde el Prelado asiste a la solemne Misa vespertina, y oficia en el lavatorio de pies, que hace a los siguientes dirigentes de las ramas masculinas de A. C.: D. Antonio Moll Sabater, D. Miguel Olives Pons, D. Martín Barber Enrich, D. José Moll Pons, D. Pedro Bosch Mercadal, D. Pablo Gorriás Marqués, D. Francisco Serra Torres, don Antonio Bosch Coll, D. Bartolomé Pons Moll, D. Jorge Bosch Serra, D. Bartolomé Fedelich Bagur y D. Miguel Pons Fedelich. El Sr. Obispo da la Sda. Comunión al Rdo. Clero, Autoridades y dirigentes de A. C. que han representado a los Apóstoles en el lavatorio. Por último, traslada el Sdo. Copón al monumento.

Día 27.—Viernes Santo. El Rdm. Prelado asiste a la sacra función vespertina en la Catedral Basílica, en la que adora la Santa Cruz y comulga.—Resulta particularmente concurrida la procesión del Santo Entierro.

Día 28.—Sábado Santo. En la Catedral Basílica, iglesias parroquiales y otras principales, se celebra la vigilia pascual, finalizada con Misa de comunión muy numerosa.

Día 29.—Pascua de Resurrección. En la Catedral el Rdm. Prelado oficia solemnisimo Pontifical vespertino, en la que pronuncia una alocución felicitando a los diocesanos e imparte la Bendición Papal.

AÑO CENTENARIO DEL SEMINARIO CONCILIAR DURANTE EL MES DE MARZO DE 1959

Día 8.—A las 12:30 se celebra en el Salón del Nuncio, del Seminario, el acostumbrado acto literario con motivo de la festividad de Santo Tomás de Aquino, que en el presente año adquiere mayor relieve por ser el centenario. Preside el Excmo. señor Obispo, acompañado del Ilmo. Sr. Alcalde de Ciudadela y demás Autoridades locales, y asisten el M. Iltre. Claustro de Profesores, Rdo. Clero, representaciones de las instituciones docentes de la ciudad y de las ramas de Acción Católica, seminaristas con sus familiares y un selecto grupo de invitados de uno y otro sexo. Después del canto del «Oremus pro Pontifice», a 4 voces mixtas, del Mtro. Lambert, hace la dedicación del acto a Sto. Tomás de Aquino el Rdo. Secretario de Estudios. Objeto especial del acto en este año es dar una muestra de la utilización popular de los salmos, tal como se hacía en la vecina diócesis de Mallorca durante el pontificado del Ilmo. Sr. Campins en ocasión de las peregrinaciones al santuario de Lluch. Previa introducción doctrinal por el alumno teólogo D. José Castell, la «Schola» interpreta el salmo «I ara beneiu el Senyor», a coro y 3 voces iguales, del Mtro. F. Pedrell, Seguidamente, después de breve explicación musical por el seminarista D. Bartolomé Llompарт, se canta el «Canticum et oratio fidei nostrae», a coro y 4 voces, del Mtro. Can. Dr. Sancho. Completan el programa el alumno Juan Febrer R. con su estudio histórico «El Seminario a los cien años», D. Bartolomé Llompарт y Diego Gómez-Pimpollo que interpretan a cuatro manos en el piano la «Gran Marcha Heroica» en la menor, de F. Schubert, y José Sebastián y Antonio Arnaiz que intervienen en el diálogo «Los evangelios de un latinillo». El Rdo. Secretario de Estudios da luego lectura a la Carta de la Sda. Congregación de Seminarios con motivo de la celebración centenaria del nuestro. En su alocución que cierra el acto, el Prelado glosa los principales conceptos de esta Carta, que desea se grabe con letras de oro en lugar patente del Semi-

nario, para norma perpetua de todas las actividades que en él se desarrollan. Manifiesta asimismo que en este día se instituye el Archivo Histórico de la Diócesis, instalado precisamente en el Seminario para que sus alumnos se eduquen en el respeto a los archivos, como manda la Iglesia, y puedan los documentos del pasado consultarse más fácilmente en orden a las investigaciones y a las monografías para los certámenes anuales de los seminaristas. Expresa también el Prelado su deseo de que se añadan todos los años en el curso teológico algunas especiales lecciones para el estudio de las soluciones doctrinales del inmortal Pontífice Pío XII a todos los problemas del mundo actual. (Véase la Alocución del Prelado, en la página 16 del Boletín de este año).

Día 16.—D. Juan Cavaller Piris, de Ciudadela, hace cesión de un segundo lote de documentos antiguos, procedentes de sus familiares, al Archivo Histórico Diocesano instalado en el Seminario.

Día 18.—En la Catedral Basílica se celebra una Misa comunitaria de Comunión general para todos los niños y niñas de los Colegios y Escuelas de Ciudadela, como preparación al Día del Seminario. El espacioso templo está lleno hasta rebosar. Los niños y niñas participan en los cantos y plegarias que oportunamente les sugiere desde el púlpito el M. Ilre. Sr. Arcipreste. Al ofertorio, un niño y una niña de cada sección, acompañados de sus respectivos Sres. maestros, suben al presbiterio para hacer la ofrenda al celebrante de sendas bandejas con tantos granos de trigo como oraciones y sacrificios por el Seminario se han hecho en sus secciones; de este trigo se confeccionarán las formas para las comuniones de los días del Congreso. Después de haber participado litúrgicamente en el rito de la paz, los niños reciben la Sda. Comunión que les dan simultáneamente varios sacerdotes. Asiste a este acto bellísimo el Rdm. Prelado, y en el coro están presente los seminaristas.

—A las 9'30 de la noche del mismo día, como preparación al Día diocesano del Seminario, se tiene en la Catedral una concurrida Vigilia bíblico-litúrgica por las vocaciones sacerdotales

—la primera habida públicamente en Ciudadela—, con oportunas lecturas en lengua vulgar del Antiguo Testamento y del Sto. Evangelio, cantos responsoriales, homilía del M. Ilre. señor Gorriás y exposición del Smo. Sacramento. Es ésta una nueva experiencia que place grandemente a los fieles y servirá, Dios mediante, de precedente para otras realizaciones semejantes.

Día 19.—DIA DEL SEMINARIO en Ciudadela.—El mes de marzo se dedicó a hacer vivir la idea del Seminario en los niños y niñas. Como preparación al Día del Seminario, en todas las escuelas y colegios de Ciudadela, se desarrollan oportunas lecciones sobre el Sacerdocio, el Seminario y las maneras de ayudar al mismo, a cargo de Rdos. Profesores y de un alumno teólogo. La Emisora Diocesana contribuye eficazmente a la campaña con una semana de espacios radiofónicos especiales, en cuya realización participan los seminaristas. Organízanse asimismo comuniones de enfermos e impedidos, con el encargo especial de que rueguen y ofrezcan sus dolores por las vocaciones y las necesidades del Seminario.—El día de San José el Sr. Obispo asiste a la Misa solemne en la Catedral Basílica, después de la cual se da lectura a una Alocución Pastoral sobre las vocaciones. Durante todo el día, multitud de pequeños postulantes recorren Ciudadela con sus cajas-huchas, solicitando del público donativos para el Seminario. Entre los niños y niñas se dan casos de generosidad y sacrificio verdaderamente conmovedores. A media mañana los niños y niñas reciben en el Seminario sendos globos multicolores, con la inscripción «Día del Seminario», y precedidos de una gran pancarta que dice «Ayudad al Seminario», recorren toda la ciudad, dando por doquier la tónica de su bullicioso entusiasmo por la obra vocacional diocesana.

Día 24.—En el Salón del Nuncio tiene lugar un concierto sacro relativo a la Pasión, con audición en microsucos de la segunda parte del oratorio «El Mesías» de Haendel, y de varias piezas polifónicas que interpreta la Schola del Seminario.

F. MARTÍ, Cronista Diocesano.

PROPAGAD Y UTILIZAD LAS EXCELENTES
PUBLICACIONES DE LA B. A. C.

Está ya completo el nuevo y moderno AÑO CRISTIANO.

Redactado para la BAC por casi trescientos escritores españoles, bajo la dirección de Lamberto de Echeverría, Bernardino Llorca, S. I., Luis Sala Balust y Casimiro Sánchez Aliseda, catedráticos de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Tomo I: Enero-marzo.

Tomo II: Abril-junio.

Tomo III: Julio-septiembre.

Tomo IV: Octubre-diciembre. Indices generales.

No deje de hojear en su librería esta serie deliciosa, a la que han prestado su colaboración tan gran número de autores españoles dentro de una tónica común de fidelidad histórica, amenidad literaria y unción religiosa.

La semblanza o semblanzas de cada día se leen con deleite poético, curiosidad histórica y provecho del espíritu. Son libros de uso común para toda familia unida.

Diez minutos diarios de lectura a la vez confortadora, ejemplar y grata. El sedante colofón espiritual de cada día. La diversidad de los autores, presta amenidad al conjunto de la obra.

Una tipografía clara y elegante ha sido especialmente escogida para estos cuatro volúmenes.

Cada tomo, de 700 a 800 páginas, primorosamente impreso y encuadernado en tela, sólo 100 pesetas. En piel, 145. La obra completa en tela, 400 pesetas.

«El sentido Teológico de la Liturgia». Ensayo de liturgia teológica general, por Cipriano Vagaggini, O. S. B. XVII + 923 páginas. 110 pesetas tela, 155 piel (BAC 181).

Este volumen marca época en la historia del movimiento litúrgico. Es una obra profunda y bien sistematizada de las cuestiones litúrgicas, que se propone cimentar sólidamente en la misma revelación divina las bases fundamentales de una corriente de renovación cristiana que Su Santidad Pío XII denomi-

nó felizmente como «un nuevo paso del Espíritu Santo por su Iglesia».

«El comienzo del mundo». Exposición a la luz de los avances científicos actuales, por José María Riaza, S. I. XXXV + 704 páginas + 20 láminas. 105 pesetas tela, 150 piel (BAC 179).

«La palabra de Cristo», tomo X y último. XXIV + 1.188 págs. En tela 115 ptas. En piel 160 (BAC 183).

Con este tomo se completa la magnífica serie elaborada bajo la dirección de Mons. Angel Herrera Oria, Obispo de Málaga.

Contiene las fiestas de la Virgen, de los principales Santos y extensos índices para el manejo de los diez tomos.

COLECCION MATRIMONIO Y HOGAR.—«Preparación al matrimonio y la familia», por A. Kriekemans, 50 ptas.

Documentadísimo estudio del matrimonio desde sus aspectos biológico, psicológico y pedagógico.

COLECCION MUNDO MEJOR.—«Sin Cristo», por M. B. Kolb, 40 ptas.

Uno de los mejores libros de una autora que sabe apoderarse de los espíritus y asomarlos, sin vértigo desesperado, a los abismos del más allá.

SUMARIO: Carta Circular de la S. C. de Seminarios.—Circular de gratitud del Prelado.—Crónica Diocesana.—Bibliografía.